

EDUARDO HARO TECGLEN

LOS INFELICES SETENTA

E STAMOS acostumbrados a cortar la Historia en fragmentos. Es un artificio, uno de los habituales trucos que gustamos de llamar orden, pero es una manera de hacer manejable y doméstico ese monstruo de mil cabezas, de acomodarlo a la parquedad de nuestro pensamiento y, sobre todo, de dar una impresión de sentido a lo que quizá no lo tenga enteramente.

Contamos ahora, al filo del

año que se despeña, uno de esos fragmentos artificiales, y le llamamos década: la década de los setenta. Hay que calificarla rápidamente —forma parte del juego—, y los calificativos surgen con facilidad peyorativos. Elegimos uno por oposición a otras décadas, puesto que el resumen global que nos resulta es negativo: de los "felices años veinte" —los "happy twenties"— resulta esta oposición de los infelices setenta. Esta

infelicidad hay que extraerla localizando la situación, comparándola. Operando toda clase de reducciones con nuestro fragmento familiar. Quizá haya pueblos, opciones, religiones, filosofías, grupos, para quienes estos años idos, y la esperanza de la nueva decena, tengan mucho de positivo. En esta tribu sedentaria, pasiva y atónita, en esta España-Occidente, y lo que desde ella se ve y se percibe, hay una sensación más bien

incómoda. Al cumplirse ciertas esperanzas, se han degradado; al no cumplirse otras, se han desvanecido. Esto, en cuanto se refiere a un punto de vista de sensaciones y de mentalidades. En lo material, en lo inmediatamente tangible, hay una adición de factores concretamente negativos: se va la década con una sensación de penuria, de escasez: hasta con unas sospechas de guerra posible.

El espíritu del 68

Diríamos que la realidad de la década comienza —si todo es un artificio— adecuemos ese artificio— hacia 1968, y lo que se llamó revolución de mayo en París, al mismo tiempo que "socialismo en libertad" en Praga. Que termine, ahora, con Jomeini y Wojtyla es algo que tiene un significado de inversión claramente perceptible dentro de la pequeña tribu en que nos encontramos, sin negar lo que estos nombres puedan tener de positivo para quienes se encuentran en el integrismo musulmán y en el católico. Pero es muy difícil que quienes depositaron al empezar la década una fe en el Vietnam y en todo el movimiento que, dentro de los Estados Unidos, representaba una forma progresista de ver la vida, conjuntamente con la de París y la de Praga, dominen de tal forma su sentido del progreso para ver con la misma medida de esperanza la revolución del Irán, que fusila prostitutas, homosexuales y adúlteros o que rompe viejas conquistas del progre-

LOS HECHOS

Septiembre Negro, terrorismo en Munich, 1972. Nixon con Mao en Pekín, 1972. Guerra Egipto-Israelí, 1973. Sequía y hambre en África, 1973. Golpe militar en Chile, 1973.



sismo europeo. Está claro que es una óptica, un eurocentrismo, incluso un izquierdocentrismo, pero el "habeas corpus", los derechos de la defensa, las garantías de los acusados, la abolición de la pena de muerte, el derecho a la disposición del propio cuerpo, las costumbres y las relaciones sexuales libres, incluso la consideración de las Embajadas como alternativas "modernas" de negociación y de posibilidad de entendimiento, han formado parte durante muchos siglos, y muy especialmente en los últimos años, de esta tribu izquierdista y progresista; quienes han participado en esa lucha, y algunos hasta de forma hereditaria —la izquierda termina siendo una dinastía—, no saben ahora a qué atenerse y encuentran todas las contradicciones posibles para adecuar unos ideales a la realidad de unos pueblos que, a partir del Irán, se enfrentan con un imperialismo, como ellos mismos se han enfrentado y se siguen enfrentando. Los que corrían entusiastas al empezar la década a las manifestaciones, las cuestionamientos, las firmas de pliegos para ayudar al Vietnam, leen ahora con inquietud la cuestión de Camboya o se interrogan a sí mismos ante la estampa de los juncos abarrotados de refugiados.

Pasó lo que convenía, pero...

La sensación de ahogo que viene dando este mundo es sorprendente. No es que no hayan sucedido las cosas que

se deseaba que sucedieran: es que han sucedido, y no ha cambiado la vida en el sentido de las esperanzas que se depositaban en esa abolición de barreras. Sucedió el inmenso cambio de mentalidades, la gran revolución psicológica de mayo de 1968 y lo que nos entrega a la vuelta de diez años es un personaje como Bernard-Henri Lévy. Algunos de los españoles que fueron ensayistas son hoy, cielo santo, directores generales de UCD; hasta quizá haya algún ministro, o alguien que lo va a ser. Sucedió la muerte de Franco y nos encontramos otra vez con UCD. Murió Salazar, se desvaneció Caetano, y hasta Spínola, y la revolución portuguesa ve sus claveles descangallados: se convierte en Sa Carneiro, aliado hasta con los monárquicos. Cayó De Gaulle, murió Pompidou, y Francia está entre Giscard, Barre y Chirac. Llegaron los socialistas al poder en algunos países, y fueron Schmidt, o se dejaron ganar por la Thatcher. Se acabaron los coroneles de Grecia, y el país se quedó bloqueado en el conservadurismo. Vino Allende al poder, y todo se convirtió en Pinochet; como la grotesca farsa Perón-Isabelita se convirtió en Videla. Otros países de Latinoamérica despeñan sus dictaduras, sus tiranías: sobrevienen unas democracias vigiladas, impermeables para las clases sociales eternamente desfavorecidas. Hemos tenido la suerte, en esta década, de ver caer tiranos con todos los nombres y todas las ortografías —de Amin Dada a Ma-

cias, del Sha a Somoza— sin que sus sustituciones nos hayan dado la respuesta a las esperanzas puestas. Hemos visto algo que no se había dado jamás: destrozarse a un Presidente en ejercicio de los Estados Unidos, al viejo superviviente de la guerra fría, Nixon; y, por si fuera poco, a su vicepresidente, Agnew, y ello ha sido para dejar paso a tipos como Ford o Carter.

Terrorismo y pasotismo

Todo ello ha producido dos extremos cuya consideración se añade a la perplejidad de la tribu: el del terrorismo y el de la indiferencia, lo que en España llamamos "pasotismo". Todo tiene raíces antiguas. El terrorismo es viejo como el mundo, y si pasamos lista a sus muertos en la Historia, nos encontraremos con que esta época no es la más espectacular. Lo que sí sucede es que es la más vulnerable. Hay una serie de pasos, dados en esta década en una parte muy considerable, de una rudeza de vida manual a una delicadeza de electrónica, de un sentido del riesgo y de "vivere peligrosamente" a una comodidad de consumo y de aburguesamiento, en los que el terrorismo pone una nota de tragedia universal, agrandado por el crecimiento de los medios de comunicación. La técnica del terrorismo en nuestra década se dirige precisamente a esa capacidad de trascendencia: la Olimpiada de Munich o Aldo Moro son situaciones típicas, personajes típicos para su

ampliación, y para su "ejemplaridad". Como la voladura de lord Montbatten a bordo de su embarcación de recreo. El cálculo del terrorismo está hecho a base de esa vulnerabilidad que no se puede evitar de ninguna manera, y tiene en cuenta lo contraproducente de las medidas de respuesta de las sociedades organizadas a las que va dirigido. Un endurecimiento de las represiones y de los controles en el País Vasco, o las leyes antiterroristas votadas con tantos apuros en las Cortes en las vísperas de Nochebuena, producen una sensación de lesa democracia. El socialismo alemán federal se ha desprestigiado con las medidas antiterroristas que suponen un control opresivo de la población nacional y de sus visitantes; el viejo respeto a la justicia y a la Policía en Gran Bretaña, con los Tribunales de urgencia y los campos de concentración en el Ulster. Los Gobiernos se ven impelidos a acciones suicidas, tengan el resultado positivo de la de Israel en Entebbe o el enteramente negativo del intento de rescate en Munich por los desgraciados especialistas de la Policía alemana, pero el borde de la negociación es muy difícil de pisar, y se encuentra sometido a otras críticas. Sobre todo al prevalecer los criterios "duros" de grupos de presión extraparlamentarios y una opinión pública que se siente agredida.

El extremo del "pasotismo" tiene también todos los precedentes históricos que se le quieran buscar. En cierta forma, lo fue el cristianismo,



LOS INFELICES SETENTA

o lo fue la resistencia pasiva de los hindúes. Pero aquellos movimientos tenían un objetivo y una esperanza; todavía no los tenían aún los existencialismos de posguerra, dentro de su gran náusea, y las familias de los "hippies" desencantados de la civilización de los Estados Unidos. En la herencia directa estarían los nuevos ecologistas, gran producto de esta década, vagamente relacionados con el pasotismo sólo en el sentido de que éste es una reacción ante las formas civilizadoras opresivas. El ecologismo ha planteado en términos mucho más amplios que los que su propio nombre indica una forma de lucha; tiene una opinión pública muy amplia en su favor, pero esta opinión está contenida por una sensación de utopía que se centra en una sola cuestión: nuestra civilización es irreversible y forma como una realidad sobrehumana de la que es imposible zafarse. Las centrales nucleares, por ejemplo, son un capítulo de lucha importante para los ecologistas, y lo ha sido durante toda esta década de una manera muy especial en España; el accidente de la central de Harrisburg le ha sido de una gran ayuda. Pero la pregunta del sentido común desesperado y trágico que es el de esta época es la de saber si hay posibilidades reales de

otra forma de energía que sustituya al petróleo, que está pereciendo, o, por otra parte, de saber si ya es posible vivir sin un consumo creciente de energía sobre la que está basada la vida de la tribu occidental. Esta corriente de pensamiento brillante, pero angustiosa, ha aparecido en las campañas electorales y no ha tenido el reflejo necesario como para influir en la vida diaria. Sin embargo, el pensamiento ecologista está siendo digerido por los Gobiernos, por los Estados, por los grandes grupos de dominio, que no vacilan ya en presentarse como defensores de la Naturaleza y respetuosos para con el aire que respiramos y el agua que bebemos.

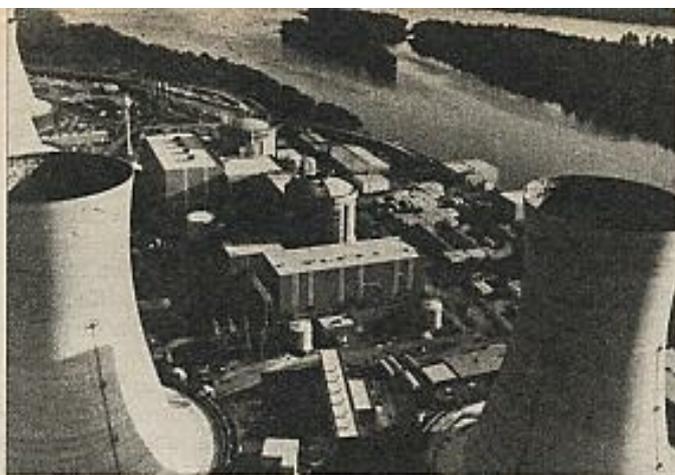
Otro de los grupos de pensamiento que han tenido en esta década un cierto esplendor, y lo llevan adelante, pero que no tiene en este momento muchas posibilidades de universalizarse, es el radicalismo italiano, el pequeño partido entre intelectual y popular que rechaza los lugares comunes antiguos del pensamiento de la izquierda y busca nuevas fórmulas. Está aplastado por el sistema: el lugar común tiene mucha más fuerza, en todos los tiempos, que la novedad o la originalidad de pensamiento. Como los ecologistas, los radicales son más bien una especie de sal de la tierra, una especie de granos minúsculos que sazonan el pensamiento político y social, que tratan de obligar a los otros a modificarse, a sentir alguna vergüenza de sí mismos. Es, en sí, un valor importante.

El miedo al Tercer Mundo

En cambio, la pequeña tribu ha perdido en este camino, o está a punto de perder, uno de sus más firmes rasgos de conciencia: el tercermundismo. Era un pensamiento relativamente reciente. Cuando alguno de los observadores de nuestra realidad política se extraña de que la Segunda República española no hubiera hecho nada concreto para mejorar las condiciones del ya entonces brevísimo Imperio español —tan breve, que apenas podía merecer ese nombre—, olvida que el anticolonialismo no formaba parte de la conciencia europea, ni siquiera de la más avanzada —aunque haya, naturalmente, ilustres excepciones intelectuales—, porque la aventura colonial se concebía aún como civilizadora. Es decir, se suponía, por una forma de pensamiento indudablemente dirigida, que la civilización europea era la mejor de las civilizaciones posibles, en toda su panoplia, desde la técnica y la forma de explotación de las riquezas naturales hasta la extensión de las ideologías y de las religiones. Las nociones de raza y de situación geográfica suponían un pensamiento muy abundante: los negros o los indios no eran como nosotros; había que enseñarles, guiarles. Fue mucho más tarde cuando se comenzó a percibir que la realidad no era así. Todavía imperaba el pensamiento darwinista —la selección de las especies, el triunfo de los mejores—

cuando empezó a formularse, por la vía Marx-Lenin, la idea de que el imperialismo es "una forma superior del capitalismo", y probablemente sin la noción de que los destinados a explotar directamente eran a su vez explotados, el anticolonialismo no hubiera podido suceder. Fue también una gran forma de propaganda emanada de los Estados Unidos, basada en sus hechos y textos fundacionales: los Estados Unidos habían pasado de colonia a gran país y apoyaban la independencia de las naciones. En realidad, arrebatában a los Estados europeos los girones de su Imperio para explotarlo ellos por otra vía: por la vía en que lo están haciendo ahora. Fue entonces cuando tuvo toda su fuerza el tercermundismo, el anticolonialismo, el antirracismo. Desde el apoyo a Cuba hasta la lucha por el Vietnam, desde las descripciones del hambre de las dos terceras partes de la Humanidad hasta la condena de los cuerpos expedicionarios, todo ello formó parte de la conciencia de la izquierda europea. No se puede dejar de confesar que si ese pensamiento había sido iniciado por los Estados Unidos para sustituir a los Imperios europeos, había continuado después emanando de la URSS como parte de su enfrentamiento global con los Estados Unidos. Pero había tenido una nueva amplificación, y muy considerable, desde los propios Estados Unidos: desde toda la oposición interna a la guerra del Vietnam. Esta oposición se acomodó después, una vez





El accidente de la central de Three Mile Island, en Harrisburg, Pensilvania, alertó a la opinión pública mundial sobre los peligros de la energía nuclear.

perdida esa guerra y, por lo tanto, aliviada su propia opresión —como soldados, como contribuyentes— y, lo que es más significativo, esa izquierda interior de los Estados Unidos tomó una posición colonialista al apoyar a Israel frente a los países árabes, en las sucesivas guerras y en las supuestas negociaciones, puesto que la izquierda intelectual en los Estados Unidos es fuertemente judía. La pérdida de prestigio de la URSS, en esta década gris y cerrada de Brejnev, a la que se acumuló la hostilidad y el despegue de los anticomunistas, no llegó a inclinar la balanza hacia los países árabes.

Para mera definición de la situación se ha planteado el tema del petróleo. Ahora, la tribu se siente directamente amenazada. Su pérdida de conciencia de la justicia con que los países productores defienden su producto básico es casi absoluta: hay una sensación de defensa propia de riesgo de supervivencia. Si hay una noción —como se dice antes— de que la forma actual de civilización, buena o

mala, es irreversible, y de que está basada en la energía, la escasez y la carestía del petróleo se consideran como una agresión. Con este pánico, la conciencia tercermundista empieza a desaparecer. Sólo faltaba el aspecto peculiarmente odioso de la revolución que encabeza Jomeini. En el europeo se despiertan viejas vivencias medievales y renacentistas que la conservación de los clásicos y de las viejas leyendas ayudan a mantener: la división del pequeño mundo en dos partes, la de los fieles y la de los infieles. De otra manera: el árabe como culpable.

La duda de la revolución

Al mismo tiempo, al europeo se le han hecho insufribles las revoluciones. La transformación del comunismo en eurocomunismo, la inclinación de los socialismos hacia socialdemocracias son, sobre todo, reconocimientos de esas realidades objetivas de los europeos que en la era electrónica y en la sociedad

de consumo se rehúsa más la conciencia revolucionaria. Hay síntomas claros en la década, como el antes señalado de la evolución del pensamiento progresista con respecto al Vietnam. Otra muestra visible es la de Cuba: del apoyo cerrado a Castro se ha ido pasando a la crítica incesante por la aspereza con que lleva a cabo su revolución. Todo ello forma parte del grupo de sus indecisiones, de sus luchas internas, de sus contradicciones, de su falta de inseguridad en cómo va a poder pensar en el futuro.

Sin embargo, tiene que estar advirtiendo cómo en toda esta confusión está perdiendo su propia batalla. Se ha infiltrado ya, durante toda esta década, el tema de la guerra, acentuado en los últimos días con la cuestión del rearme. Todo su retroceso ante la idea de revolución, toda su indignación ante el terrorismo, todo su miedo ante un Tercer Mundo que está empezando a pedir cuentas han servido para la instalación de un régimen conservador en la mayor parte del continente y del mundo occidental: sobre todo, para la instalación de un ambiente conservador en el que él mismo participa sin querer. El desprestigio de la URSS y de las revoluciones es un paso gigantesco para los Estados Unidos y para sus valedores en los países europeos. Esto no evita las realidades: si el desprestigio de la URSS se ha acentuado, no es solamente por el hecho de la propaganda o de las arengas de Occidente, sino porque la revolución se ha esclerotizado

de tal forma, que el presunto revolucionario de otros países se pregunta si vale la pena el terrible esfuerzo de lo que fueron los años revolucionarios para llegar a esta conclusión. Más terrible es el ejemplo chino: hay años-luz de distancia entre la Larga Marcha y la inclinación al derechismo del régimen actual de Pekín, que ha sido uno de los acontecimientos más importantes de esta década. Con la adhesión de los historiadores y de los sociólogos a la formulación de leyes, aparece éste: las revoluciones se esclerotizan, se consumen y dan marcha atrás. Así la mexicana, así la rusa, así la china.

Un mundo adverso

Las defensas de la izquierda se han deteriorado a lo largo de la década. Esa deterioración es más grave cuando más necesaria de su fuerza. Se encuentra ahora en un mundo decididamente adverso, que le amenaza desde la extensión del paro obrero hasta el integrismo de Wojtyla. Pasando por algunas posibilidades de guerra: la nueva guerra del petróleo, que cada vez parece más posible, y en la que el hombre de izquierda haría algunos arreglos con su conciencia, o el salto definitivo hacia una guerra resolutoria con la Unión Soviética.

Lo que había ido ganando lentamente, al hombre de izquierda se le está quedando entre las manos. España es, naturalmente, el ejemplo que tenemos más inmediato. España es, en efecto, un microcosmos, donde las cosas pa-



El escándalo Watergate provocaría el abandono de Nixon en 1974. 1976: fin de la guerra del Vietnam. En mayo de 1978 fue encontrado el cuerpo sin vida del presidente de la Democracia Cristiana, Aldo Moro. El asesinato se atribuyó a las Brigadas Rojas. En octubre de 1978 fue elegido Papa el polaco Wojtyla, que adoptaría el nombre de Juan Pablo II.



LOS INFELICES SETENTA

san de manera más exagerada, más visible, que en otros países. En España, la revolución es aún menos posible que en otros países, porque la relación de fuerzas es enteramente adversa y porque la mentalización revolucionaria está totalmente desgastada. En España, la democracia está encontrando sus límites actuales: los que en otros países están disfrazados porque la derecha gobernante no necesita de tanta contención o no es tan desconfiada de formas libres de vida. En España, la Iglesia se está volviendo más dramáticamente en contra de las libertades individuales —divorcio, enseñanza, sexualidad en general—, porque el mensaje de Wojtyła encuentra aquí una organización y unas fuerzas montadas que consiguen lo que no puede conseguir ni siquiera en Italia. En España, las nuevas limitaciones de la democracia son más sensibles, porque es incipiente, porque el peso de lo antidemocrático está más infiltrado en los organismos de autoridad. Y en España, en fin, es más visible el retorno del fascismo, en razón de su propio número —no electoral, pero sí activista—, de las protecciones económicas, de la infiltración en los mecanismos de poder. Esta reaparición no es sólo un fenómeno español, sino europeo, y tiene una razón de ser: la reducción

de los revolucionarismos, la perplejidad de la izquierda, la pérdida paulatina de fe en la democracia, unidos a la situación profunda de crisis económica, al miedo de las clases medias —sobre todo, de las ascendidas—, el regreso de la lucha de clases son factores que han producido siempre los fascismos: aun antes de que se llamaran así, aun en países donde no se llaman así.

Todo esto es lo que configura la escasa felicidad de los años setenta. Unos años en

los que todo lo que sucedió de positivo se transformó inmediatamente en negativo.

¿Podemos hablar de ellos en pasado? Dentro del artificio del tiempo segmentado, sí. Pero la realidad es que la Historia es un continuum, un río que no cesa; no hay, por lo tanto, que confiar en la frontera del 31 de diciembre de 1979 para creer que todo ha terminado y que ahora empieza, de verdad, la década de los ochenta. Lo que sí se podría percibir, como fórmula de optimismo, es que el

examen de estas realidades ha llegado a un punto en el que difícilmente se puede perseverar en la insensibilidad, en la duda o en las contradicciones. Se necesitan urgentemente pensadores. Hacen falta, otra vez, gentes de doctrina. Es indudable que no se puede volver atrás, a tomar ejemplos de otros tiempos, de otras situaciones: la nuestra es genuina. A partir de aquí hay que tratar de hacer el tiempo a la medida y no dejarse llevar de él y de su arrastre. ■ E. H. T.

Comunicación

LA IRRUPCIÓN DE LAS MASAS

JUAN CUETO

A cuatro años vista de la célebre fecha utópica tramada por Orwell, el razonamiento dominante acerca del esquema y poderío de los *mass media* sigue siendo, con todas las excepciones que se quieran, tópicamente orwelliano: "Si la comunicación de masas no existe como tal a causa del inocultable control americano de la producción y circulación de los mensajes audiovisuales y si, en consecuencia, la tendencia fatal de los medios es la instauración de un Centro Emisor Único anulador de las di-

ferencias individuales y sociales, entonces vamos inexorablemente hacia el totalitarismo planetario".

Ahora bien: no vamos hacia el totalitarismo planetario. Por otra parte, no es rigurosamente cierto que los medios de comunicación sean necesariamente uniformadores, puesto que jamás las diferencias religiosas, étnicas, culturales, lingüísticas o folklóricas gozaron de mayor popularidad y difusión universal, como lo evidencia la popular serie Jomeini-ETA-Wojtyła-nacionalidades-cel-

tismo-Nueva Espiritualidad-lenguas y literaturas autóctonas. Además, resulta por lo menos discutible la hipótesis de que las masas destinatarias de la cultura industrializada sean ahora mismo más ignorantes, sumisas e infelices que antes de la irrupción de los *media* en los escenarios sociales; entre otras razones, porque el consumo de mensajes informativos o narrativos no se reduce exclusivamente a lo audiovisual y de hecho existen en la vida cotidiana pluralidades de ofertas, diversas y hasta adversas, con

La revolución iraní, encabezada por Jomeini, marca un renacimiento del Islam. Yasser Arafat, líder de la OLP: en 1979 se inicia su reconocimiento por Occidente. Refugiados del Sudeste asiático: un drama colectivo. Castro y Tito, en la cumbre de no alineados de La Habana. En octubre de 1979, Hua Guo Feng viaja a Europa. Margaret Thatcher: la primera mujer jefe de Gobierno europea.

